

Mensaje a los sacerdotes fieles de la Iglesia en Alemania

Reverendos y queridos hermanos en Cristo,

Habéis estado muy presentes en mis oraciones durante todo el tiempo transcurrido desde el inicio del llamado Camino Sinodal. Tras la conclusión de la V Asamblea sinodal, el pasado 11 de marzo en Frankfurt/Main, he rezado por vosotros muy especialmente, para que permanezcáis fieles a la Tradición apostólica, a las verdades sobre la fe y la moral que Cristo nos transmitió en la Iglesia, y que nosotros, como sacerdotes, hemos sido ordenados para salvaguardar y promover. Nunca los fieles han tenido más necesidad que hoy de sacerdotes que les anuncien la verdad, que les lleven a Cristo, sobre todo, en los Sacramentos, y que les guíen y gobiernen en el camino de Cristo.

Sólo puedo imaginar vuestra profunda tristeza ante las posiciones adoptadas por la Asamblea, incluida la gran mayoría de los Obispos, que se oponen directamente a lo que la Iglesia ha enseñado y practicado siempre y en todas partes. Comparto vuestra tristeza y experimento la tentación del desánimo, que ustedes, sin duda, también experimentan. En momentos como éste, que los sacerdotes han vivido en otros momentos de la historia de la Iglesia, debemos recordar la promesa que Nuestro Señor, que nunca miente y siempre es fiel a sus promesas, nos ha hecho, cuando, en su Ascensión, puso en nuestras manos la misión apostólica: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). Tomando a pecho, una vez más, la misión y la promesa de Nuestro Señor, debemos seguir adelante, debemos ser sus fieles "cooperadores en la verdad" (3 Jn 8).

En tiempos como éstos, en los que incluso los que son Obispos traicionan la Tradición apostólica, los Obispos fieles, los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles laicos sufrirán necesariamente mucho precisamente a causa de su fidelidad. Al comenzar la Semana Santa, la semana de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y anticipar el Tiempo Pascual, el tiempo de Su Resurrección y Ascensión, tomemos a pecho Sus palabras a los que serían Sus discípulos: "Si

alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16, 24). En estos días santísimos, el Señor derrama desde su Corazón glorioso y traspasado las gracias fuertes de su victoria sobre el pecado y la muerte, para fortalecernos como discípulos buenos, fieles y generosos. Durante la Semana Santa y el tiempo pascual, elevemos al Sagrado Corazón de Jesús, especialmente a través del Sacrificio eucarístico, los sufrimientos de su Cuerpo Místico, la Iglesia, que atraviesa un tiempo de confusión y error generalizados, cuyos frutos son la división, la apostasía y el cisma.

Recordemos siempre, sobre todo cuando el sufrimiento que soportamos parezca demasiado para soportarlo, que no estamos solos, que Cristo está vivo en nosotros, que la gracia divina -santificante y actual- actúa en nuestro interior. Recordemos siempre las palabras de Nuestro Señor a su Madre Virginal y a san Juan Apóstol y Evangelista, con quienes estamos místicamente al pie de la cruz: "Mujer, he ahí tu hijo...He ahí tu madre." (Jn 19, 26-27). La Madre de Dios es la Madre de la Gracia Divina y es, de modo especial, la Madre de los Sacerdotes que, en su Divino Hijo, llevan innumerables gracias a muchas almas. La Virgen Madre de Nuestro Señor está siempre a nuestro lado, incluso cuando nos instruye amorosamente: " Haced todo lo que os dijere" (Jn 2, 5).

Unidos de corazón al Sagrado Corazón de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, gozamos también siempre de la comunión de todos los santos, que nunca dejarán de socorrernos, con tal de que invoquemos su intercesión. En los momentos oscuros, no olvidemos la realidad y la exhortación que nos dirige divinamente la Carta a los Hebreos: " Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios." (Heb 12, 1-2).

Para terminar, os aseguro mi unión con vosotros y mis oraciones diarias por vosotros. Como los discípulos de Emaús, nos hemos desanimado durante un tiempo ante el Misterio de la Iniquidad, pero ahora, con los ojos fijos en Nuestro Señor Resucitado y en Su enseñanza inmutable, que nuestros corazones se renueven en ardor por Su gracia (Lc 24, 32). Os exhorto a estar cerca de Nuestro Señor, que nos ha elegido para ser Sus hermanos en el Santo Sacerdocio, y a estar cerca los unos de los otros en el amor puro y desinteresado a la Iglesia, Su Cuerpo Místico, y en el sufrimiento ofrecido por amor a Él y a nuestros hermanos y hermanas para los que hemos sido ordenados como verdaderos pastores.

Por favor, acuérdense de mí en sus oraciones.

Con el más profundo afecto paterno, os imparto a vosotros y al rebaño de Nuestro Señor bajo vuestros cuidados sacerdotales mi bendición.

Cardenal Raymond Leo BURKE

Roma

Domingo de Ramos, 2 de abril de 2023